

Arturo Andrés Roig y la semiótica en Sarmiento

Por Gerardo OVIEDO*

*El punto de vista latinoamericano
de una pragmática lingüística del habla:
configuraciones semióticas y enunciativas
de un sujeto cultural emancipatorio*

COMO RESPUESTA A UN CLIMA DE IDEAS finisecular signado por los embates del neoliberalismo y los efectos nihilistas de una atmósfera filosófica de tintes posmodernistas, Arturo Andrés Roig hacía un llamamiento por aquel “sonido” de la voz de dignidad humana proferido desde el legado y el presente vivo de la polifonía intercultural de las hablas americanas. La resonancia de esa invocación —que se pretextaba en una disputa al cabo no eludida con una jerga del ser que, desde el propio Martin Heidegger, renovaba sus seducciones— tenía como contexto de discusión bastante más que precisar los alcances de una interrogación posmetafísica sobre la lengua. En la perspectiva situada de Roig, esa controversia sobre la relación entre ser y lenguaje versaba, no en último término, sobre una determinación de las posibilidades y límites del sujeto del filosofar y, como una refracción no precisamente menor del asunto, sobre el concepto que se tenga de la filosofía en la forma de vida de América Latina. Tal vez no sea inadecuado poner en ese contexto polémico algunas de las intervenciones de Roig sobre el tema del “habla americana”, particularmente en relación con el círculo antropológico de constitución y reconstitución temporal del sujeto discursivo latinoamericano.

De acuerdo con la postura teórica de Roig, aun “cuando el modo de decirlo pueda resultar extraño, la presencia del ‘giro lingüístico’ entre nosotros no deriva del interés por la *langue*, sino por la *parole*”.¹ Según ese juicio, es “únicamente en el nivel

* Docente de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, Argentina; e-mail: <gerovied@yahoo.com.ar>.

¹ Para una aproximación general a la vez que exhaustiva a la obra de Arturo Andrés Roig, pueden verse, entre otros, los estudios de Carlos Pérez Zavala, *Arturo A. Roig: la filosofía latinoamericana como compromiso*, Río Cuarto, ICALA, 2005; y de Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofando y con el mazo dando*, Madrid/México, Biblioteca Nueva/UNAM, 2009.

de las hablas en donde es posible captar un hecho, soslayado por los estructuralistas, a saber, que todo lenguaje lo es acabadamente cuando se nos presenta en ‘posición de comunicación’”.² En consecuencia, Roig sostiene que una “lingüística pragmática nos obliga a colocarnos en el horizonte del ‘universo discursivo’, una de las manifestaciones insoslayables, para nosotros, del fenómeno general de la objetivación”. No obstante ese posicionamiento, recostarnos “sobre los indiscutibles aportes del ‘giro lingüístico’ únicamente se justifica si desde allí constantemente damos el salto hacia lo translingüístico”.³

Es menester consignar que Roig ha sido un filósofo más que atento a los efectos epocales del llamado *giro lingüístico* del siglo xx. Sin duda, él ha incorporado en sus escritos las consecuencias teórico-metodológicas del giro lingüístico, aunque en actitud crítica y transformadora. Su posición crítica supone una determinada concepción filosófica sobre el lenguaje, heredada del propio legado cultural latinoamericano, particularmente el del horizonte discursivo emancipatorio de la primera mitad del siglo xix. Roig considera que “frente a otras formas de objetivación, tales como por ejemplo el trabajo, el juego, el arte o la ciencia”, puede decirse “que todas ellas refluyen sobre el lenguaje, confluyen en él, y es a través de él que en última instancia alcanzan lo que podría ser considerado como la unidad de la totalidad de las formas de objetivación”.⁴ El “lenguaje no es únicamente un fenómeno que pueda ser analizado desde el punto de estructuras formales profundas o de superficie, sino que es asimismo un ‘tesoro’, una realidad compuesta de signos, que son a la vez necesariamente significantes y significados”.⁵ Por consiguiente, para Roig el análisis que comporta la lectura filosófica de un texto debe inscribirse en la categoría de “universo discursivo”, en la que se reúnen las determinaciones políticas de la vida social en función de su conflictividad inherente. En palabras de Roig, un “universo discursivo” sería “la totalidad posible discursiva de una comunidad humana concreta, no consciente para

² Arturo Andrés Roig, “Filosofar e historiar en Nuestra América”, en *id.*, *Caminos de la filosofía latinoamericana*, Maracaibo, Universidad del Zulia, 2001, pp. 65-66.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

dicha comunidad como consecuencia de las relaciones conflictivas de base, pero que el investigador puede y debe tratar de alcanzar”.⁶

Ya en *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, Roig remite el concepto del *a priori antropológico* —central en la fundamentación de su arquitectónica filosófica— a los signos lingüísticos de naturaleza deíctica que sólo pueden ser puestos de manifiesto a partir del sujeto histórico que lo enuncia. En este decisivo y desde su aparición clásico libro, Roig parte del “impulso conativo” o esfuerzo perseverante del ente humano por medio del cual es instituido un horizonte de comprensión epocal tenido como valioso para el nosotros. Si, en efecto, “ponernos a nosotros mismos como valiosos” se “cumple desde un determinado horizonte de comprensión, condicionado, por cierto, social y epocalmente” —con lo que tiene “su historia y su sentido”—, en cuanto “signo lingüístico de naturaleza deíctica sólo puede ser puesto de manifiesto a partir del señalamiento del sujeto histórico que lo enuncia”.⁷

También Roig ha expresado que existe una “coesencialidad” entre lenguaje y vida cotidiana.⁸ Ese lazo coesencial supone que el lenguaje es la forma más viva de objetivación, medio de confluencia de todos los modos de objetivación y de objetividad restantes. Por ello Roig denomina *objetivación discursiva* a la realización de la cotidianidad estructurada como lenguaje. En perspectiva histórica, Roig nos reenvía a un análisis de lo que denominó las “formas discursivas epocales” del siglo XIX latinoamericano,⁹ cuando interpreta la expansión de la prensa masiva y periódica que favoreció la tendencia romántica a expresar la vida cotidiana como fruto de la literatura costumbrista. Esa importancia del periodismo conocido en la época como “diarismo”, define precisamente según Roig los límites seculares del proceso que acompaña el despliegue de una literatura americana, y por consiguiente de un nacionalismo lite-

⁶ Arturo Andrés Roig, “¿Cómo leer un texto?” (1982), *Análisis* (Universidad Santo Tomás, Bogotá), vol. XXVIII, núm. 53-54 (enero-diciembre de 1991), núm. monográfico *Historia de las ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano*, p. 110.

⁷ Arturo Andrés Roig, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (1981), ed. correg. y aumentada, Buenos Aires, Una Ventana, 2009, p. 23.

⁸ Cf. Arturo Andrés Roig, “El discurso utópico y sus formas en la historia intelectual ecuatoriana”, en *id.*, introd. y sel., *La utopía en el Ecuador*, Quito, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, 1987.

⁹ Cf. Arturo Andrés Roig, “El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas”, *Análisis* [n. 6], pp. 137-161.

rario específico del siglo XIX, que venía montado sobre el vínculo pragmático entre lenguaje y política.¹⁰

Desde esta clave pragmático-política sobre el habla americana —o más bien, “americanista”— Roig se pregunta por la cualificación de las manifestaciones de un “sujeto cultural”, históricamente tematizadas. La formación de las nacionalidades en América Latina —en tanto proyecto de las élites dominantes— supuso la reconstrucción culturalista de un sujeto lingüístico heredado del dispositivo colonial. La relativa homogeneidad cultural colonial fue utilizada posteriormente como fuente de legitimación por el caudillismo que apelaba utópico-proyectivamente a la unidad continental. Por ello Roig afirma que con las luchas de independencia lo que se quiebra no es una nacionalidad, sino más bien un Estado. La ruptura del pacto colonial implicó más bien la disolución de una superestructura jurídica que se asentaba sin embargo sobre afinidades culturales preexistentes. Con lo que durante el proceso emancipatorio, las nuevas naciones emergentes tendieron a diferenciarse político-económicamente, pero no culturalmente. Ello explica que en el marco de la diferenciación estatal americana persista cierto sustrato cultural que confería una personalidad común a los Estados, erigidos sobre los fragmentos de una nacionalidad primitiva. Y sobre esa base es que los primeros teóricos de la nacionalidad americana, como Francisco Miranda y el propio Simón Bolívar, postulaban la idea de la nacionalidad americana precedente a la existencia del Estado.

¹⁰ Refiriéndose a los argentinos Juan Bautista Alberdi (1810-1884) y Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) y a los venezolanos Andrés Bello (1781-1865) y Simón Rodríguez (1771-1854), Roig señala que el sentimiento que los embargaba y “en general [a] la intelectualidad hispanoamericana, era el de que se había concluido la revolución de las armas, pero que restaba por hacerse otra, tal vez más profunda y difícil: la de los hábitos de despotismo que había dejado el régimen colonial, a lo que se había de sumar el peligroso despertar de las masas campesinas, por obra de la movilización militar que se había vivido tan intensamente. Así, pues, la tarea revolucionaria no estaba aún concluida y había que dar ahora la batalla en el campo de la cultura”. Es precisamente en este contexto que emerge “la relación entre lenguaje y política”. Roig señala que “en particular en el caso de Sarmiento, las hablas debían ser colocadas en el primer plano y hasta el lenguaje del escritor debía someterse a la inspiración popular”. El joven Sarmiento —precisa Roig—, “invocaba la necesidad de atender a la cuestión del lenguaje si se pretendía realmente construir una república que tuviera en cuenta la potencialidad de todas sus gentes, sin excluir, lógicamente, a los humildes”, Arturo Andrés Roig, “Política y lenguaje en el surgimiento de los países latinoamericanos”, en *id.*, coord., *Enciclopedia iberoamericana de filosofía: el pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Madrid, Trotta, 1994, p. 131.

De acuerdo con esa hipótesis historiográfica de Roig, la colonización española —ligada al sistema de acumulación capitalista primitiva europea— implicó un grado considerable de integración de las clases sociales, por lo cual el proceso de autoafirmación de los pueblos latinoamericanos no puede hacerse fuera del marco de una “cultura nacional”. Lo que no obsta para reconocer que en la época imperialista, al interior de las burguesías criollas —principales actores históricos que impusieron el proceso independentista—, se dio una escisión que originó los grupos oligárquicos antinacionales. En el periodo 1824-1880 o de interregno entre el dominio colonial y la formación de un capitalismo imperialista maduro, lo que se dio entonces fue una guerra civil política y además una lucha social de clases, advierte Roig. Desde el punto de vista de la dialéctica real de la historia, sin embargo, las guerras civiles contribuyeron a fomentar la idea nacional autónoma, esto es, la nacionalidad en tanto concreción histórica, al plantear el problema del federalismo. De esta manera, la autonomía regional se erige por encima de las diferencias sociales que alberga en su seno, a la vez que permite formar una representación de la nación menos abstracta que la del universalismo jurídico-político. De este modo, la conciencia nacional se concretiza hasta alcanzar un grado de madurez en que debe asumir el problema del imperialismo. En el marco de un creciente enfrentamiento con el imperialismo surge la idea de la necesidad de una “segunda independencia”, comprendida como un proceso de “emancipación mental” dirigido contra el legado colonial y que en los albores del siglo xx —como lo demuestran los ensayos de César Zumeta y José Enrique Rodó— debía adquirir un carácter antiimperialista.

Ahora bien, dado que el antiimperialismo fin-de-siglo era antiyanqui, ello produjo un repliegue hacia la valoración del legado hispánico, y por tanto de la idea de la “nación española” preexistente. Así, los sectores conservadores de las burguesías locales se enfrentaron con los sectores liberales y reformistas que propiciaban la modernización capitalista de sus países. Los conservadores apelaron en consecuencia a la religión como arma ideológica principal, puesto que veían en ella, a la vez, la fuente de la tradición y un factor de cohesión y estabilidad social. En cambio los intelectuales liberales no tuvieron una postura previsible ni uniforme ante el concepto de *nación* y de la incorporación del país al proceso capitalista mundial, ya que hay que distinguir el

pensamiento liberal independentista —emancipatorio— de aquel que interviene en la época del interregno.

En el caso de los liberales románticos, su concepción de la identidad nacional resultó más dinámica y abierta que aquella que propusieron luego los conservadores en representación de los intereses de los terratenientes latifundistas. La duplicidad del discurso liberal revela la contradicción que lo atraviesa en relación con el proyecto de modernización que propuso, donde en principio se reconoce la facticidad cultural americana, lo que alienta actitudes paternalistas. Actitudes que posteriormente denegarán, cuando se incorporen a los intereses del imperialismo. Esa contradicción los conducirá finalmente al fracaso. En el caso particular de Sarmiento, ello se manifiesta en el abandono del americanismo problemático del *Facundo*, por una adopción del modelo norteamericano. Cercano al cambio histórico del ochenta, los liberales de izquierda terminaron favoreciendo el proyecto común del Estado liberal burgués. Ese hecho señala el fin efectivo del proyecto romántico concerniente al reconocimiento de las autonomías culturales nacionales, a favor de un republicanismo oligárquico y, desde dicha plataforma, de un nacionalismo impuesto formalmente “desde arriba”. De aquí que el *Facundo* pertenezca todavía a la primera etapa romántica, la del nacionalismo continentalista que —en conjunción o cercanía con el utopismo de Alberdi— todavía representa el anhelo de un programa de americanidad cultural.

*Sarmiento y la escritura romántica:
habla popular, vida de los signos,
retórica política y ensayismo social*

ARTURO ANDRÉS ROIG descubre en la estructura pragmático-lingüística del texto de Sarmiento un estado de tensión dialéctica, atinente a su código semiótico de alusión-elusión. En cuanto a su contexto de posibilidad, Roig señala que asistimos a la “época en la que en el Río de la Plata y en Chile, los emigrados argentinos mostrarían, desde una particular conciencia romántica, una fuerte actitud receptiva en relación con las masas populares”.¹¹ Aquí un “ejemplo ineludible es, sin dudas, el *Facundo* sarmientino, aun cuando en él se encuentren, en ciernes, ya preformuladas, las futuras

¹¹ Arturo Andrés Roig, “Nacionalidades, nacionalidad y cultura en Nuestra América”, *Tareas* (Panamá), núm. 50 (1980), p. 76.

respuestas antipopulares que serán típicas, al final del interregno, de un liberalismo no ya emergente, sino consolidado”.¹²

De esta manera —siempre de acuerdo con Roig—, el “problema de la relación de anterioridad o posterioridad de la nación respecto del Estado, aparece en esos textos, y en los otros escritores de la época, en una actitud indecisa”, pues, por “una parte, en relación justamente con una posición típicamente romántica la nación es la raíz nutricia del Estado; por otra, a pesar del reconocimiento del ‘hombre de la tierra’ y sus valores propios [...] es indispensable una ‘segunda independencia’ que nos permita ingresar de modo acelerado en el camino del ‘progreso’ —metáfora con la que se expresaba el ingreso al capitalismo—, el Estado se antepone como la única vía posible y adquiriría una prioridad respecto de la nación”. De lo que se trataba, en el fondo, era “de la anterioridad o de la prioridad de clases sociales enfrentadas”. Por esto mismo, “el *Facundo* es como un dios Jano que está mirando hacia dos etapas del desarrollo del pensamiento liberal: el de emergencia y el de consolidación, haciendo concesiones, que no tenemos por qué no aceptar como francas, mas negándolas luego en favor de un espíritu de dominio, que acabaría siendo el de las oligarquías a fines del interregno”.¹³

El joven escritor Sarmiento, todavía no imputable de las culpas que ha de afrontar como político maduro, confirió al conato de independencia americana la fuerza semiótica del habla plebeya. Se sumaba así al programa en ciernes de la construcción de una semiótica americana.¹⁴ Ese romántico americano, revolucionario y populista, semiótico y democrático, es quien escribe el *Facundo* (1845). En ese texto operaba una voluntad de afirmación del discurso latinoamericano. El *Facundo* de Sarmiento da la medida, pues, no ya meramente de un género discursivo, cuanto de una forma de praxis político-intelectual en las estrategias de narratividad de la “invención” de la nación cuyos dispositivos retórico-políticos de enunciación operaban sobre un horizonte de comprensión estructurado en torno de dos *a priori* simbólico-epocales: “la destrucción

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*, p. 77.

¹⁴ Cf. Arturo Andrés Roig, *Andrés Bello y los orígenes de la semiótica en América Latina*, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1982; y del mismo autor, “Semiótica y utopía en Simón Rodríguez”, *Revista Interamericana de Bibliografía* (Washington), vol. XLIV, núm. 3 (1994).

de las Indias” y la “Revolución”.¹⁵ Ese fenómeno de objetivación discursiva epistémica,¹⁶ en el marco de una creciente intensificación de la presencia de la prensa periódica —a partir de 1830 hasta 1870 aproximadamente— conformaba, debido a su carácter de crítica y opinión, un “periodismo de ensayo”.

El *status* naciente del “periodismo de ideas” folletinesco se corresponde con la formación de una esfera de opinión pública burguesa, si bien en una etapa social todavía no sometida a la lógica de la gran prensa de masas. Las élites dominantes carecen aún de un proyecto ideológico homogéneo. Precisamente Sarmiento es quien cuenta con el plan de la “educación popular”, programa que representa la estrategia de consolidación de una hegemonía cultural con ciertas perspectivas de éxito. Más tarde, en la época del “liberalismo

¹⁵ Como en el caso de los escritos de Juan Bautista Alberdi, los de Sarmiento constituyen “dos filosofías” que “comparten con el universo discursivo americano ciertos *a priori* constantes, si bien con variantes epocales”, sostiene Roig. Así, por un lado, el *a priori* de la “Destrucción de las Indias” remite a “la conciencia de un pasado destruido y perdido, sentimiento que cuando los criollos comiencen a construir de modo conflictivo su identidad, enfrentados al poder colonial, habrá de ser asumido e incorporado a su ideología y jugará como presupuesto de su discurso”. Por el otro lado, el *a priori* de la “Revolución” tiene “ya sus primeras manifestaciones en el discurso de los ilustrados americanos de fines del siglo XVIII como consecuencia de los grandes hechos históricos que conmovieron el final de siglo: el alzamiento indígena liderado por Túpac-Amaru, la revolución de las colonias inglesas en el Norte de América y, en fin, la Revolución Francesa”. Como horizonte de experiencia, pues, la “revolución, vivida ahora como un hecho histórico propio cuyas consecuencias afectaban el desarrollo de la vida cotidiana, pasó a ser un polo referencial que daba sentido a la estructura total del universo discursivo”, Arturo Andrés Roig, “La filosofía latinoamericana en sus orígenes: lenguaje y dialéctica en los escritos chilenos de Alberdi y Sarmiento”, en *id.*, *Caminos de la filosofía latinoamericana* [n. 2], pp. 21-22.

¹⁶ Roig consigna que la “objetivación discursiva epistémica (el discurso epistémico) se caracteriza por responder a la necesidad-voluntad de fundamentación, que da lugar, por ejemplo, al discurso filosófico o al núcleo filosófico fundante de un discurso, o al discurso científico, o al núcleo científico fundante de un discurso”. En tal sentido, el “discurso filosófico se diferenciaría del científico, sin embargo, porque en sus formas desarrolladas, agrega a la fundamentación, la crítica más o menos elaborada de los supuestos sobre los que se organiza la racionalidad de la misma, como también la crítica de los supuestos de otros intentos de fundamentación”. Si bien, efectivamente, junto a esas se dan otras formas discursivas que responden a otros impulsos, para Roig siempre se “puede hablar de una necesidad-voluntad de expresión simbólica, que motiva, en general, las formas discursivo-narrativas y de una necesidad-voluntad de comunicación en la que tienen su origen la naturaleza y forma misma de todo discurso”, pues cada “forma de objetivación discursiva tiene sus funciones que le son específicas y comparte funciones comunes a todo el universo discursivo que son en cada caso, según el tipo de discurso, a su vez, especificadas, es decir, que reciben una connotación particular”, Arturo Andrés Roig, “Notas para una lectura filosófica del siglo XIX”, *Revista de Historia de América* (México), núm. 98 (julio-diciembre de 1984), pp. 146-147.

consolidado”, el ensayo cede su puesto al tratado; el periodismo de ideas a la información de los “hechos”; el folletín, por fin, al aliento del libro. Pero en la época de las polémicas filológicas, domina plenamente el diarismo ensayístico y el espíritu francófilo y juvenilista de ruptura con la tradición hispánica. Ese juvenilismo, doctrinal más que biográfico, es experimentado por los ensayistas románticos como una cualidad inherente a su espíritu revolucionario. También por ello es que Roig distingue así entre una línea romántica progresista, juvenil, de la línea romántica reaccionaria que dominará más tarde en Latinoamérica. La “riqueza discursiva” de los grandes escritores juvenilistas se pone de manifiesto por el hecho de que en sus textos se hace presente, de manera directa o indirecta, “la totalidad discursiva de la época”. Y por ello señalan el momento de “mayor densidad histórica” del siglo cultural. De esta manera, Roig traspone una noción limitada de análisis textual y denuncia la operatoria de la “política discursiva” y de la relación entre gramática de la lengua, letrados y poder político.

Como es sabido, los grandes escritores decimonónicos se presentaron a la “nación” en el contexto de una plena agudización de las guerras civiles a escala continental. En el caso argentino expresaban la existencia de un sujeto histórico desplazado que de modo inorgánico y espontáneo amenazaba los proyectos de unificación estatal y estabilidad social imaginados por los patriotas. Las élites urbanas cultas llamaron “anarquía” a esa manifestación de las masas campesinas que, por medio del bandidaje y los alzamientos rurales, eran movilizadas muchas veces por hacendados feudales, como el caudillismo de montoneras. Sarmiento, al igual que Simón Rodríguez, experimentó esa realidad como un elemento regresivo de la vida social, contrario a la integración estatal y la formación de una nacionalidad orgánica. Sarmiento pensaba que el Estado había desaparecido, ya que no confirió a la realidad atávica ningún valor positivo. Ello no autoriza a formular un sustrato anterior o sustancia subyacente a la acción formadora del Estado, que presuntamente nos daría la pauta de una “nación pura”.

Contrariamente a una premisa ideológica del romanticismo, los elementos procedentes del pueblo no eran tan espontáneos ni carecían de voluntad política propia, atribuida unilateralmente al Estado. En todo caso, las élites dominantes, fueran liberales o conservadoras, movilizaron al Estado en contra de ese sujeto histórico popular que componía la base social mayoritaria de la nación en ciernes. Sobre esa tensión se instaura precisamente el punto de vista

político del *Facundo*, paralelamente a *Las Catilinarias* de Juan Montalvo. Si las clases propietarias en ascenso tendían a adoptar modelos extranjerizantes, los desafíos que provenían del poder inorgánico de la población real hacían prevalecer sus elementos indóciles por sobre la voluntad estatal homogeneizadora. Las masas populares se autorreconocían a través de formas culturales arraigadas, muchas de ellas heredadas —insiste Roig— del Estado colonial. La vida americana se presenta como una diversidad inorgánica y plástica que desborda la estética racionalista. Pero esa abundancia original es la que prestará su singular fisonomía al diarismo y al “espíritu de ensayo”. Así se superaba el viejo punto de vista ilustrado y neoclásico, con su universalismo político abstracto y su preceptismo formal imperativo.

En términos generales, la mirada romántica profundizaba la imagen de un mundo social a redimir que se describía en su provisoriedad y fragmentariedad circunstancial. A esa proliferación de rasgos vacilantes convenía pues el estilo activista del ensayismo fisonomista. Su incorporación en la escritura de las dimensiones del espacio y del tiempo en su concreta manifestación —verificable en la asunción de los signos de la vida cotidiana tomada como objeto— confería a la descripción un *status* interpretativo. Se descubría así una zona de la realidad en su productividad simbólica. Comportaba una escritura testimonial que apresaba las experiencias inmediatas de la vida cotidiana, apelando a “los elementos sonoros de nuestros cuadros de costumbres”, y a través de éstas, a las “hablas” que componen los instrumentos lingüísticos del propio mundo en trance de descubrirse.

Desde sí mismo el ensayismo juvenil de Sarmiento se define como una comprensión en acto. Aunque, a diferencia del joven Alberdi, Sarmiento no trabaja en el *Facundo* con la fragmentariedad, sino que logra desplegar un poder dialéctico como escritor que combina todos los fragmentos de un mundo dentro de la radical unidad del “ensayo y revelación”. Ello no quiere decir que el ensayo carezca de objetividad, sino que más bien se rige por un parámetro distinto al de la objetividad doctrinal. El ensayo, subjetivista pero no intimista, centrado en el yo a la vez que volcado al retrato repentino del mundo —que se realiza a mano alzada, a la manera de los apuntes de viaje, y desde ya, con la transitoriedad y fugacidad propia del diarismo—, era necesariamente escoliasta, comentarista e impresionista. Este rasgo conforma la impronta fisiognómica del *Facundo* que, estilizando el costumbrismo, su-

pera dialécticamente la mera descripción curiosa o pintoresca para abrirle paso a la expresividad signica —objetivada en la semiosis cotidiana de los múltiples sujetos sociales— que cobra vida en la trama de la sociedad real.

En su clásico texto, Sarmiento compone así un cuadro vivaz no sólo en sus coloraciones costumbristas, sino en las capas semánticas de los núcleos signicos que remiten a los mensajes ideológicos y las representaciones simbólicas de los grupos sociales. De estilo militante y redentor, este ensayismo diarista no viene definido institucionalmente, es decir preceptivamente, como “género”, por cuanto surge “desde abajo”, como productividad no sujeta a las reglas del arte. Serán las instituciones consolidadas y oficiales del Estado las que movilizarán normativamente las reglas de la cultura científica para contener y encauzar las fuerzas simbólicas del ensayismo romántico en lo que contengan de potencial amenaza desestabilizadora ya que en la escritura ensayística “misional” llegó a expresarse, aun con elipsis y elusiones, un contenido popular, y con ello las contradicciones sociales que atravesaban —y atraviesan— la nación real. De ahí que, en el fondo, lo que hace Sarmiento en su función pragmática de gran escritor social es dar curso a una nueva racionalidad discursiva que ya no se asienta sobre el universalismo abstracto del liberalismo iluminista, sino en el mundo cultural cotidiano en tanto vasto fenómeno semiótico. Lo que también comporta la aparición de una nueva fuerza retórica, despojada ya del puro “buen gusto” que cede su puesto a una técnica literaria de comunicación investida de imágenes lingüísticas ilocucionarias.

Esta retórica viviente e historicada cobrará un espíritu verbal, de conversación, mostrando hasta qué punto el ensayo obligaba a la filosofía a entablar un vínculo más próximo con la experiencia fáctica del lenguaje, acreditándose, a su vez, como una teoría de la palabra y de los signos en su constitución pragmático-semiótica. Ello abría una genuina y fecunda vía de reflexión para la propia filosofía puesta en diálogo con la totalidad de su época. Esa retórica viviente e historicada cobró en Simón Rodríguez un espíritu verbal, de conversación, incluso más intenso aunque menos refinado que en Sarmiento, advierte Roig. Pero mostraba más claramente todavía hasta qué punto el ensayo obligaba al filósofo a entablar un vínculo más próximo con la experiencia del lenguaje, lo que en último término requiere una teoría de la palabra y de los signos en su constitución semiótica para acreditarse como genuina y fecunda

reflexión. El propio Roig proseguirá este programa de la semiótica americana, dando cumplimiento a ese quehacer con sus lecturas de Andrés Bello y de Sarmiento.

El diarismo ensayístico tiende a ser directamente, o tal vez pueda decirse, conscientemente, un acto de habla. Y es además una escritura “auroral”, venturosa, dotada de una fuerza expresiva inherente al horizonte epocal revolucionario. En ese contexto de movilización de las potencias simbólicas de la cultura popular Sarmiento concibe a la filosofía como una “ciencia de la vida”. Ello implicaba, nos dice Roig, un pensar atendido a las circunstancias nativas en que se origina la cultura. En el marco de esa filosofía de la vida —como también Sarmiento la comprendía— acuña su teoría intuitiva del lenguaje. Sarmiento se autodefinía como socialista, en el sentido romántico francés y saintsimoniano que le infundía la semántica lexicográfica de la época. En el fondo se trataba de percibir “las consecuencias de la revolución y su inevitable función referencial de todo discurso”.¹⁷

Conforme a ello, Sarmiento se preguntaba por las hablas dentro de los cánones espontáneos de una pragmática vital puesta en íntima conexión con el valor comunicativo del lenguaje. Al intuir la pretensión de performatividad de la escritura colocaba, sin saberlo, las bases de la filosofía americana directamente en un horizonte pragmático-lingüístico. Vale decir que, un siglo antes del llamado *linguistic turn* del siglo xx, las polémicas filológicas de Sarmiento contra el casticismo y la gramaticalización española tradicionalista, esgrimidos por los discípulos de Bello, expresaban en rigor el enfrentamiento de una generación plenamente advertida de que el punto de partida histórico de la *nación cultural* implicaba un proceso revolucionario que permanecía inacabado. Pues esa generación —pone de relieve Roig— se hallaba motivada por una “segunda independencia” que debía ser alcanzada, frente a la nación política y civil, mediante la quiebra del horizonte de decibilidad imperante y su régimen categorial de representaciones discursivas. En respuesta, Sarmiento postula un habla “mestiza” por oposición a la “castiza” y la consiguiente valoración del *habla* coloquial popular frente a la *lengua* culta y oficial.

De acuerdo con la lectura filosófica que practica Roig, Sarmiento, al abrirle paso al “decir de hablas”, no sólo prefiguró una

¹⁷ Roig, “La filosofía latinoamericana en sus orígenes”, en *id.*, *Caminos de la filosofía latinoamericana* [n. 2], p. 25.

pragmática del lenguaje, sino una dialéctica del mismo, en tanto supo captar el movimiento interno de la realidad circundante en términos de la conflictividad y dinamismo que lo anima. Por ello es que el diarismo y el ensayo resultan el género apropiado para objetivar en la escritura esos actos de habla concretos, pragmáticamente eficaces y semánticamente vitales.

Así pues, el proyecto romántico de la “segunda independencia” o “emancipación mental” halla su cauce más adecuado en el espíritu de milicia cultural libertaria de la escritura ensayística “diarística”. Su textualidad performativa entraña una dialéctica de comienzo y recomienzo que, en la primera mitad del siglo XIX, estará signada por la emergencia de las plebes a la esfera pública burguesa. Sarmiento, sujeto-agente constructor de la nación cultural, se emplazó directamente en el pasaje irreversible que lleva del súbdito al ciudadano y del poder de castas a la emergencia de la multitud democrática. Se diría que Sarmiento comprendió la lingüisticidad coloquial como fuente de eticidad viviente. En su exilio en Santiago —nos dice Roig— el romántico Sarmiento vio que “el hombre de pueblo, el roto chileno, el guaso, oculta bajo su rusticidad al ser humano y, en ocasiones, es de una nobleza que no encontramos en quienes detentan el poder”.¹⁸

A propósito de ello, Roig advierte en el siglo XX, particularmente de la mano de Heidegger —cuyo giro místico al ser ha ontologizado el plano profundo de la lengua en desmedro del nivel comunicativo del habla socializada—,¹⁹ la necesidad de una revaloración de la

¹⁸ *Ibid.*, p. 39.

¹⁹ Roig recuerda que “en un conocido escrito de Martin Heidegger titulado *¿Qué significa pensar?*” está implicada la pregunta “qué significa hablar”, indicando con ello “la prioridad que el lenguaje tiene, según lo declara Heidegger, respecto del pensamiento”. Aquí, establecer “una prioridad en otro sentido constituye, precisamente, uno de los errores de la metafísica, tal vez el mayor de todos; error que se encuentra asimismo presente, agregamos nosotros, en la conciencia que acompaña al lenguaje ordinario”. Roig considera, en el fondo, que aprender a hablar —aprender una forma lingüística de vida—, estriba en “dos cosas principalmente”: por un lado, en “un rescate del lenguaje (y, en particular, de determinada habla)” y, por el otro, en “un método”. Para Roig, lo “primero se organiza en el filósofo alemán sobre una crítica y rechazo de lo que podríamos calificar de modo genérico como ‘hablar vulgar’; y junto con esa crítica, se organiza sobre el audaz intento de colocarse sobre un ‘habla primigenia’, palabras con las que se cierra el libro”. Pero ya “se ve, pues, que la prioridad del lenguaje deriva, en este caso, del hecho de ser un lugar privilegiado, por lo mismo que nos abre la puerta hacia lo ontológico, mas, siempre y cuando aprendamos el método”, por lo que es “evidente que no estamos ante una anterioridad semiótica, que es la que se ha de establecer si nuestra intención no es la de enunciar el discurso de la negación del discurso”. Por ello no debe perderse de vista que aquella “distinción entre ‘habla vulgar’ y ‘habla primigenia’

pragmática intuitiva del romanticismo latinoamericano. Frente al ser que nos dirige la palabra, Roig —sin abstraer la dimensión ontológica de la lengua— se conduce a una revaloración de lo que llama un “decir de hablas”. Es ese decir del habla el que Sarmiento sacó a la luz para la filosofía americana en la época fundacional del primer romanticismo. En ello Sarmiento dejó una lección perdurable, una ventana de apertura para su relectura activadora en el presente. Y aun para una relectura filosófica, pues según Roig, la “filosofía latinoamericana, al no ontologizar planos del lenguaje y al no establecer inconmensurabilidades en el seno del mismo, no se sale del ámbito de la discursividad, no pretende abandonar el discurso, no elude la dialécticidad que acompaña normalmente al movimiento de las hablas”.²⁰ Aquí reside para nuestro filósofo “el principal alcance de la filosofía del lenguaje de la que habló Sarmiento, más allá de que haya o no captado una problemática sólo visible en nuestros días”.²¹

Arturo Andrés Roig ha definido las tareas de la filosofía latinoamericana, entre otros rasgos, por la función performativa de su vocación practicista. Esta condición pragmática viene articulada a su vez con otras dos funciones normativo-regulativas concomitantes: la constitución de una moral de la emergencia y la potenciación humanizadora de las objetivaciones sociales, culturales e intelectuales.²² La triplicidad pragmático-funcional de la filosofía latinoamericana comprendida en sus dimensiones recíprocamente convergentes de saber práctico-moral, objetivación antropológica y textualidad performativa, no sólo propone una configuración dis-

supone, en el caso del habla vulgar, un empobrecimiento del tesoro de todo lenguaje”. Por el contrario, aduce Roig, “el habla en la que se ha de instalar el pensador implica la posibilidad de la posesión plena del mismo, descubierto como ‘tesoro’, mas, en otro nivel”, Arturo Andrés Roig, “¿Será posible una ‘integración intelectual’ de Nuestra América si, como dice Roa Bastos, ‘El sonido es un son-ido?’”, en *id.*, *Caminos de la filosofía latinoamericana* [n. 2], pp. 157-158.

²⁰ Roig, “La filosofía latinoamericana en sus orígenes”, en *ibid.*, p. 31.

²¹ *Ibid.*

²² Roig señala bajo “tres aspectos” la “vocación práctica del filosofar latinoamericano: en primer lugar, en el sentido de lo práctico moral, terreno de ideas en el que se destaca, a nuestro juicio, una moral de la emergencia; lo práctico en el sentido de despertar potencialidades humanas en relación con todas las manifestaciones sociales, culturales y espirituales, línea ésta que se comprenderá con sólo mencionar a José Martí, a Eugenio María de Hostos y a José Carlos Mariátegui; y lo práctico en los modos de lenguaje, vale decir, la presencia del espíritu de performatividad”, Arturo Andrés Roig, “Algunas consideraciones sobre filosofía práctica e historia de las ideas”, *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas* (Mendoza), año 1, núm. 1 (diciembre del 2000), p. 16.

cursiva, sino que ante todo nos muestra —ilumina— sus “camino”, que se nos presentan necesariamente en plural entre la multitud de sendas —de vías alternativo-utópicas—²³ que se abren con un horizonte de posibilidades cuya temporalidad regulativa futurizadora estriba en la esperanza de la propia humanización del hombre en la historia. Realización dramática donde los sujetos latinoamericanos enuncian la polifonía de su propio ideal de liberación, anejo al proyecto integracionista de la unidad continental hemisférica. Voces de una *utopía nuestroamericana* cuyo sonido —potencia fónica lanzada a todas las latitudes donde impere la opresión, la injusticia y la violencia— no es un son-ido.

²³ “¿Qué relación tienen las alternativas con la utopía?”, inquiría Roig. En su propuesta, la “pregunta se plantea necesariamente en cuanto más de una alternativa cumple una función utópica”, pues la categoría “de alternativa, resulta más amplia que la de utopía”. Ciertamente, en tanto se considere —se admita— que las “utopías, cualquiera sea su grado de profundidad, son todas alternativas” en sí mismas. Tal vez, señala Roig, en ello reside “el propósito de diseñar lo que podríamos llamar nuestro régimen alternativo-utópico o simplemente alternativo”, Arturo Andrés Roig, “El pensamiento alternativo como esperanza”, introducción a Hugo E. Biagini y Arturo Roig, dirs., *Diccionario del pensamiento alternativo*, Buenos Aires, Biblos-UNLA, 2008, p. 7.

RESUMEN

La lectura de Sarmiento propuesta por el filósofo argentino Arturo Andrés Roig se inscribe en la filosofía de las formaciones discursivas del siglo XIX y responde a la representación conceptual de la filosofía latinoamericana postulada por el propio Roig. Abordaremos aquí solamente algunos de los aspectos pragmático-lingüísticos de la filosofía del habla en Sarmiento, tal como Roig los ha reconstruido en algunos de sus estudios sobre el romanticismo latinoamericano, centrándose en el contexto de la construcción cultural de las identidades nacionales emergentes. Acentuaremos, en particular, los elementos de análisis que atañen a la idea semiótica del “decir de hablas”, tomándolos como hilo conductor del proyecto romántico de “emancipación mental” o “segunda independencia”, y como clave de constitución de una semiótica latinoamericana.

Palabras clave: lengua en filosofía, habla en filosofía, romanticismo social, diarismo, ensayo filosófico.

ABSTRACT

The reading of Sarmiento proposed by Argentine philosopher Arturo Andrés Roig fits within the philosophy of discursive formation of the 19th century and it responds to the conceptual representation of Latin American philosophy postulated by Roig himself. In this essay, we will address only some of the pragmatic-linguistic aspects of the philosophy of speech in Sarmiento's work, as reconstructed by Roig in some of his studies on Latin American romanticism, focusing on the context of the cultural construction of emerging national identities. We will stress, in particular, the elements of analysis that pertain to the semiotic idea of “decir de hablas”, using them as a guiding thread in the romantic project of “mental emancipation” or “second Independence”, and as a key to the constitution of a Latin American semiotics.

Key words: language in philosophy, speech in philosophy, social romanticism, journalism, philosophical essay.